

PENSAMIENTOS DE SAN MIGUEL GARICOITS

“LA VERDADERA CARIDAD ESTÁ EN SER SEVERO CONSIGO MISMO Y COMPRENSIVO CON LOS OTROS”. {DS }

“Es necesario practicar la caridad fraterna, llegando a ver todo bajo una buena mirada, antes que con ojos críticos. Que se justifique la intención, si resulta difícil justificar la acción; y si no es imposible justificar la intención, ejercitar la caridad sin falta al deber ni a la prudencia.” (II CARTA 377)

“San Vicente de Paúl dice que solamente en tres ocasiones usó palabras duras para responder, y que luego siempre se arrepintió porque no había tenido éxito y que siempre lo había obtenido por la dulzura. Obre siempre con dulzura; prefiera utilizar palabras alentadoras, amistosas, cariñosas y algunas vez elogiosas, que se note que nace de la abundancia de corazón. Luego podrá —de ser necesario— cortar y quemar, y por lo mismo aumentar antes que disminuir el afecto de sus hermanas. Recurrirán a Ud. en todos sus pesares, como el niño hacia su madre para que le arranque su espina. Una conducta opuesta cerraría todas las puertas. No ahorre nada para inspirar a sus hermanas esta confianza total: palabras tiernas, proceder amable, (familiaridad alguna vez), todo esto, lejos de debilitar el orden, servirá maravillosamente a hacerlo observar a la perfección, ¡por amor!

(I CARTA 13)



ESPIRITUALIDAD BETHARRAMITA

"Aquí estoy, Padre, vengo para hacer tu voluntad"

Año III 1999 - N° 6

RECONCILIACION: Don del Padre

Todo nace del Padre, todo viene de Él. Todo se ilumina en nuestra vida cuando pensamos que el Padre, por medio de Jesús, es quien nos reconcilia consigo. Lamentablemente nos hemos alejado mucho del Padre, nos ha pasado lo mismo que al *hijo pródigo*: nos sentimos fuertes y quisimos gozar de nuestra libertad. Nos fuimos lejos del Padre y lo olvidamos. Pero un buen día nos sentimos solos, demasiado hambrientos, demasiado desnudos y vacíos, y empezamos a sentir deseos de volver otra vez al Padre, de reconciliarnos. Esta vuelta al Padre supone descubrirlo como tal, descubrirlo como Amor.

Dios amó tanto al mundo que le dio a su Hijo único, para que todo el que cree en Él no muera, sino que tenga Vida eterna. porque Dios no envió a su Hijo para condenar al mundo, sino para que el mundo se salve por Él (Jn 3/16-17). San Juan define así a Dios: “*Dios es Amor, y el que permanece en él, permanece en Dios y Dios en Él*” (1 Jn.4/16). Extraña coincidencia la de san Pablo y san Juan en estos dos términos: la reconciliación y el amor. Lo que en san Pablo se llama reconciliación, en san Juan se llama Amor. San Pablo afirma que tenemos que reconciliarnos los unos con los otros y san Juan que “*el que odia a su hermano es un homicida*” (1 Jn.3/15). El que odia a su hermano, el que conserva rencor en su corazón, es un homicida aunque no haya disparado el tiro que mata, porque está engendrando el rencor que origina todas las manifestaciones externas de la desesperación.

El Señor nos ama y nos pide que seamos perfectos como Él es perfecto. Claro que la distancia es inmensa y que nunca vamos a poder lograr la perfección de la caridad, de la bondad, de la ternura, de la misericordia, del perdón, de la donación del Padre.

San Pablo, en su carta a los romanos, nos dice: *La prueba de que Dios nos ama es que Cristo murió por nosotros cuando todavía éramos*

pecadores (Rom 5/8). Si Él murió por nosotros cuando todavía vivíamos en el pecado, si Él nos reconcilió, ¿cómo no vamos a tener comunión con Dios?

La expresión de Dios es el Amor, y lo que va a cambiar el mundo no es la oposición, ni la lucha, ni la violencia, ni la enemistad sino el Amor. Pero el amor cuesta, el amor supone morir a uno mismo. ¿Quieren que les diga una cosa? Es más difícil morir todos los días a uno mismo por los hermanos, que morir una sola vez para siempre. Es mucho más difícil. Resulta más fácil entregar la vida una sola vez, de modo definitivo, que darla gota a gota, todos los días, para que los demás sean felices. Es más fácil decir: “Este hombre ha luchado hasta el final y ha dado su sangre por los hermanos”, que decir: “Este hombre sigue viviendo para unir a los hermanos y por eso, día a día, va dando su vida con su constante muerte silenciosa, con el cumplimiento hondo, humilde, sencillo de su deber, con su fidelidad a su empleo, a su hogar”.

¿Hay algo en mí que tiene que cambiar? ¿Hay algo de lo cuál yo soy responsable? ¿Está pasando algo en nuestra sociedad? ¿Está pasando algo en el mundo? Yo no puedo contemplarlo simplemente de la orilla, levantando el dedo acusador y señalando: “*Esto es por tal motivo, por tal otro, depende de fulano, depende de mengano...*” Y yo, ¿qué? ¿Acaso no soy miembro de la misma familia, no formo parte del mismo pueblo? ¿No hay algo en mí que me hace responsable de esta situación de pecado que está viviendo el mundo, la sociedad, nuestra patria? ¿No estoy ensuciando en cierta manera, el rostro de nuestra Iglesia? ¿No hay algo en mí que tiene que cambiar? ¿No será que tengo que ser más sincero y más leal, más servicial y abierto? ¿No será que tengo que comprometer más mi fe en lo cotidiano de mi entrega? ¿No será que mi oración tiene que ser más profunda? ¿No será que tengo que limpiar más mi corazón para ver a Dios? ¿No será que tengo que ser de verdad más pobre, manso y misericordioso?

¿Qué he hecho por la paz? Yo, que todos los días, al abrir los periódicos siento erizada mi piel por la violencia que se da en el mundo, ¿qué he hecho para que haya una paz verdadera, nacida de la justicia y fruto del amor?

¿No hay algo en mí que convertir? Yo, me he sentido tan particularmente cobijado por el Señor, guardado en sus manos; yo, que he sido llamado para servir al Señor en la plenitud del amor, ¿vivo realmente en esta generosidad de la entrega? ¿No hay mucha mediocridad en mí? ¿No vivo demasiado superficialmente mi cristianismo? ¿Por qué no aprovecho

este tiempo de preparación al Jubileo del 2000 para una conversión muy honda, muy profunda, muy gozosa, muy definitiva?

I

Nuestra Señora de la reconciliación: Virgen de la fidelidad y del servicio, de la pobreza y del silencio, de la nueva creación por el Espíritu. Madre de los que sufren en la soledad y buscan en la esperanza. Señora de los que vuelven a la Casa y descubren al Padre y al hermano. Virgen de la Amistad y del Amor. Señora de la Paz y de la Alianza.

Tú nos diste a Jesús, *el Salvador, el que quita el pecado del mundo* y lo reconcilia con el Padre por su Sangre. El que nos dio la Eucaristía y nos pidió que nos amáramos.

II

Gracias por ser así: tan sencilla y tan buena, tan honda en la contemplación y tan abierta a los problemas de los otros, tan fiel servidora del Señor y tan cercana a los hombres que pecamos.

Gracias por habernos recibido. Por habernos golpeado el corazón y enseñado la senda del regreso. Por habernos serenado en el camino. Por hacernos sentir que somos hijos. Olvidamos al Padre que nos ama y nos hemos encerrado ante el dolor, la pobreza y la injusticia.

III

Hoy gozamos en la paz y la alegría del reencuentro. Hemos vuelto al Señor que nos libera y hace nuevos. Saboreamos adentro su Palabra y comimos en familia el pan de la unidad que da la vida.

De allí nace para todos el Espíritu de Amor que nos faltaba, y esa sed de justicia verdadera que es la raíz de la paz entre los pueblos.

Gracias por todo, Madre del Camino y la Esperanza. Gracias por habernos alcanzado la reconciliación con Dios y con los hombres en tu Hijo.

IV

Virgen de la Reconciliación: muéstranos al Padre cada día y a Cristo que vive en los hermanos. Ayúdanos a comprender las exigencias del Sermón de la Montaña.

Que seamos sal de la tierra, luz del mundo, levadura de Dios para la historia. Enséñanos a vivir sencillamente la fecundidad de las Bienaventuranzas. Que seamos pobres y misericordiosos.

Mons. Pironio